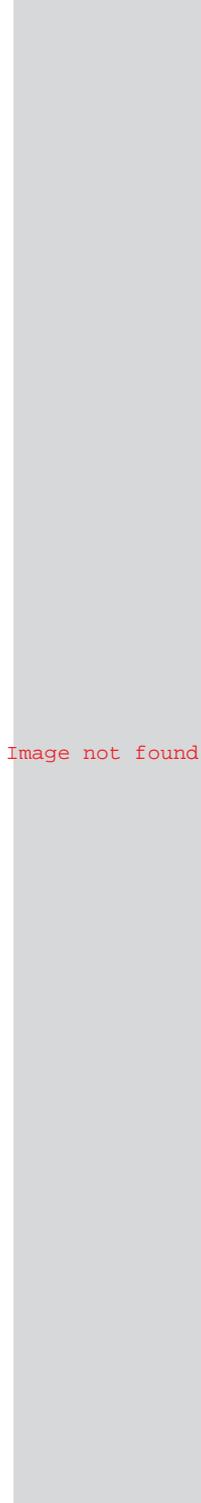


# Los versos del hambre: generación 30

Sara M. Bernard



## Capítulo 1

## Capítulo 1

### LA GENERACIÓN 30

ola, qué tal. Nunca pensé que iniciaría un libro de esta manera tan estúpida, pero es lo primero que escribí en el procesador de textos. . Una manera poco ortodoxa de empezar esta narración, lo sé, pero no he podido evitarlo. Sufro de un desconocido instinto de supervivencia humana, que se ha llevado por delante toda cautela y todo mi sentido del ridículo literario.

Vivo en un ecosistema informativo donde las opiniones fluyen de un lado a otro y las mismas firmas se repiten en varios canales, sin dejar hueco a otras nuevas. Apenas he notado que la televisión, un viejo aparato analógico incluido en el alquiler, lleva rota varios meses. Vivo más hiperconectada que nunca gracias a Internet, hasta el punto de conocer en tiempo real varios sucesos destacados estos meses. A veces pienso que debería descansar, no leer más artículos, ni abrir más vídeos, ni entrar en las redes sociales. Pero dudo que esto funcione; a algunos periodistas nos pasa, es imposible desprenderse de nuestro oficio aunque estemos fregando platos sucios en una cafetería. Las noticias llegan, incluso sin buscarlas.

O el discurso público, también llega. Un discurso vomitivo y manipulador, cada vez más desconectado del ciudadano. Y no me refiero a las arengas de los políticos españoles (que también) sino al tono general con el que se afronta la situación desde los medios. Si sólo ese fuera el problema, no existiría ningún drama porque es lo que debe suceder: consecuencia de la libertad de prensa, cada uno cuenta la película a su manera.

El problema surge cuando el bombardeo conceptual impacta en el núcleo de la persona anónima y corriente que soy. Delirantes pensamientos positivos, consejos para emprender, autoayuda psicológica aplicada a los negocios para superar la crisis, Pero no me funciona. Pero, oiga...

Sí. Por supuesto.

La culpa es mía.

Quizás es que no he hecho lo suficiente, quizás podría haberme esforzado en varias decenas de cursos más, tal vez aprender chino, ruso o hebreo, asistir a varios millares de conferencias, quizás habría sido entretenido y rentable estudiar un módulo de peluquería, o de chapa y pintura, o de electricidad. Quizás debería callarme porque, en teoría, lo he tenido todo .

Exacto, de qué te quejas. Se supone que pertenezco a ese grupo que se denomina "la generación más preparada de la historia", lugar común de los nacidos en democracia (a partir de 1976) con acceso a igualdad de oportunidades. Mayor nivel de vida, mayor capacidad de terminar estudios superiores, más derechos, mayor conocimiento del mundo con viajes e idiomas. La España moderna, la de los niños Erasmus. Así que no tienes derecho a alzar la voz, qué sabrás tú, si tus abuelos pasaron hambre de verdad en la posguerra o no tenían ni cuarto de baño. Que sois una generación .

Pero esa no es la realidad. Nunca he esperado que las cosas aparezcan porque sí, e incluso he interiorizado la meritocracia como una filosofía de vida, sin saberlo. No por las películas de Hollywood sino por haberla visto aplicada. Capacidades, talento, esfuerzo, tesón, horas: así los abuelos, de condición humilde, trabajando toda una vida, sacaron adelante a sus hijos, que a su vez consiguieron estudiar, trabajaron y ahorraron toda su vida hasta llegar a una posición acomodada, para que los nietos (aquí) tuvieran una vida incluso mejor. La cadena se rompe cuando no encuentro manera alguna de trabajar. Hasta he olvidado conceptos como desarrollo humano, proyectos vitales o carrera profesional. No tengo capacidad para sobrevivir de manera autosuficiente, aunque haya arriesgado pellejo y salud en el intento.

Vivo el día a día, el ahora. Que es muy bonito en los manuales baratos para gente con la moral por los suelos. Ahora mi cuenta bancaria tiene 21,35 euros. Pasado mañana, vaya mala suerte, cobrarán la factura trimestral del agua, 36 euros. Necesito averiguar de dónde saco lo que falta, llamo a la familia para que haga un adelanto, voy a una esquina a vender mi ropa y mis libros, qué hago. Llamo también aquí y allá, me presento hoy mismo en varias empresas con el currículum por delante (ya tenía fotocopias, no hay que tocar nada de los 21 euros) e intento no parecer desesperada.

Así se expande una culpa dirigida a una misma, difusa, abstracta y a ratos mágica, porque no se ha hecho bien no se sabe qué. Porque no es sólo la crisis, ahora, es que en los años anteriores tampoco ha ido bien el acceso a esa utópica "vida adulta". , pienso, eso de las vibraciones positivas que

atraen la suerte o tonterías similares.

En la inútil búsqueda de explicaciones coherentes, mi impotencia se convierte en una espiral sin fondo, cuando recuerdo que otros compañeros sí han tenido esa suerte. Si te dijera quiénes son, reconocerías sus nombres por su trabajo en la televisión, el cine y la música. Pero nada tiene que ver con una , es un tema práctico: esas personas de mi quinta han conseguido vivir de su trabajo. Al menos, llegaron a algún sitio antes de la crisis.

Del silencio de mi generación, de la falta de artículos con testimonios personales en los medios, entiendo que soy la única pringada en estas circunstancias concretas. En el limbo de la tierra de nadie, por la emigración y por la edad en su sentido sociológico. El imaginario colectivo supone que a estas alturas ya haber encontrado algún modo de vida, un desarrollo personal o social de algún tipo. Sin embargo, la impotencia pasa de aguda a crónica. No soy joven estudiante ni estoy en la calle por impago de la hipoteca de una casa. ¿Cómo puedo quejarme, si hay ciudadanos que se están suicidando por las deudas? Quizás no debería decir nada, porque vivo. Tengo un techo de alquiler, tengo comida. Pequeños ingresos con empleos temporales y, sobre todo, el apoyo monetario de la familia, como si tuviera 15 años. Pero acabo de cumplir 34.

---

El infierno total comenzó exactamente hace tres. Las cosas tampoco funcionaban antes, pero escuchaba por todas partes una frase legendaria: . Te vas a vivir con el novio a los 25 años y hay que pagar las facturas. En ese momento ya acumulaba la carrera de Periodismo, un máster, experiencia laboral en trabajos variopintos de estudiante, experiencia como periodista en varios medios con múltiples prácticas gratuitas, e incluso un fallido intento previo de entrar al mercado laboral, en peores condiciones que las prácticas. Un cachondeo. Desde este punto de partida desempeño toda una serie de trabajos temporales de promotora (donde pagan medio bien) intercalados con lo que puedo conseguir en varias redacciones locales (donde pagan muy mal). Hay proyectos en segundo plano, como seguir ampliando la formación con cursos variados, otra carrera universitaria a distancia o quizás alguna idea empresarial. Lo que no hay es dinero, casi ni tiempo.

El poco tiempo que queda es para escribir, refugio desde hace más de una década. Unos minutos robados al cansancio, cuando se puede, para recordar mi condición humana no-autómata. A veces es bueno acordarse de que no eres un florero que deba sonreír todo el día a los clientes. Puedo tomarlo con tranquilidad, porque de la literatura no se vive como me han repetido mil veces. Ya cuando sea mayor y tenga un trabajo estable me preocuparé de todas esas novelas y poemas del cajón.

Mientras tanto, participo en concursos literarios aquí y allá.

Vivo corriente, a la altura de mis posibilidades, con las facturas al día. Lehman Brothers quiebra en 2007, a mediados de 2008 el ex presidente José Luis Rodríguez Zapatero sigue diciendo que "la crisis es cuestionable". De hecho, menuda suerte, consigo un contrato en una redacción provincial de gran tirada. Aunque en realidad figuro en la categoría "ayudante de redacción" y algunas semanas trabajo más de 40 horas. Es un fantástico contrato de becario, a pocos meses de cumplir 30 años. Pero y qué. , ¿no?

En 2009 la crisis se echa encima. Ni las facturas ni la necesidad de comer se paran, así que aceptaré un puesto en otro medio local, con un maravilloso contrato de falsa autónoma. De autónoma, quiero decir. Los compañeros callan y aquí no pasa nada, qué van a protestar, si algunos tienen otros negocios y hasta prefieren la nómina en negro. Hay que aguantar el tirón como sea, mientras busco otra cosa. Pero no contaba con un ejemplar típico de español.

Avanza 2010 con meses de impagos por falta de liquidez y la necesidad de ayudas familiares extra para los períodos sin sueldo. El jefe decide aumentar el nivel de trabajo hasta el equivalente de dos o tres redactores, supongo que con la sana intención de que nos marchemos voluntariamente y no abonar los salarios debidos. Aguanto, busco cualquier salida con mayor ímpetu ante la inminente catástrofe. No sale. Son meses de sequía mental, en los que incluso abandono la escritura porque me he convertido en un robot. Y llega el cierre definitivo, con todas sus consecuencias: no tengo indemnización por despido ni subsidio alguno, por el tipo de contrato. No se quita ese tic nervioso de revisar el móvil cada cinco minutos. Peso 48 kilos por el estrés y el exceso de trabajo, pero no podré hacerme analíticas porque mi tarjeta sanitaria está desactivada.

Y la capacidad de respuesta ha desaparecido por completo. Como lamentaré más tarde, ni se me pasa por la cabeza en ese momento afrontar demandas judiciales u otros procesos. Estoy agotada y no sé dónde acudir.

La primera reacción absurda e instintiva, como resistencia a ese estado de shock ( ) es la literatura. Vuelvo a escribir y a hacer cosas raras, como abrir un blog personal en vez de diseñar webs para empresas. O envío, por primera vez en mi vida, dos originales (libros de poemas) a una editorial. También es la primera vez que me dicen que no, algo que ya daba por sentado al ser unos versos de mierda de una desconocida. Sin embargo, es la excusa perfecta para vomitar todo lo que no he escrito durante casi un año. En los meses siguientes concluyo dos libros nuevos. Vienen bien como entrenamiento, porque también debo inventar currículos simplificados en los que no he pasado del Bachillerato y apenas

sé encender un ordenador, para diversificar las oportunidades.

A pesar de todos los esfuerzos, la realidad es que hay un 30% de paro. Sí, he dicho 30. Sí, en 2010. En Andalucía, que no lo había dicho. En los siguientes doce meses sólo consigo trabajar dos y medio a duras penas, la mayor parte son días sueltos como promotora. Hay pocos trabajos, pero en los que encuentro empiezan a poner pegajos porque tengo 31 años. Mi ficha retocada compete, incluso, con toneladas de otros aspirantes para nuevos locales del Burger King, en una zona muy turística de costa. Todavía sigo esperando una llamada. Con todas las opciones agotadas y ni una sola respuesta, la única vía es huir lo más lejos posible. Emigramos hacia el norte.

Encuentro empleos temporales, mientras quiebran periódicos, aumenta el paro, Mariano Rajoy es elegido nuevo presidente, cada vez más recortes en sanidad y educación, pierdo el tiempo en entrevistas laborales que no ofrecen contrato y posiblemente, tampoco sueldo. La auténtica nueva definición de "trabajo" que la RAE debería contemplar.

Cuando ya no lo esperaba, llega el último estertor antes de la muerte: una redacción, tres años después. Inicio 2013 con la tarea diaria de conocer lo que pasa en el mundo y tragarme cada semana las resoluciones del Consejo de Ministros. Un espejismo que se desvanece al primer mes, con retrasos de la nómina. Esta vez sí acudo a asesores laboristas; consulto todos los estatutos y convenios, reales decretos y boletines oficiales que caen a mi alcance, para estar preparada en caso de impago.

A los pocos meses, están contentos con mi desempeño pero la empresa no tiene liquidez para renovar. Con una carta de recomendación bajo el brazo, vuelvo a estar en la calle.

Las consultas legales preventivas, además, destapan una horrorosa circunstancia: casi todos los contratos anteriores en mi vida (especialmente los que requerían formación especializada) han incumplido la ley de una u otra forma y podrían haberse reclamado. En realidad, .

---

La teoría de la "indefensión aprendida" ha sido desarrollada por el psicólogo norteamericano Martin Seligman a partir de 1975, mediante estudios experimentales (bastante crueles) con perros. Se utilizaron tres grupos de animales: el primero estaba sujeto con arneses mientras recibían descargas eléctricas en las patas traseras, que podían detener pulsando un botón con el hocico. El segundo grupo también recibía descargas eléctricas aleatorias, pero sin ningún método para evitarlas. El último grupo era el de control y no recibió ningún tipo de tratamiento. En una segunda fase del experimento, se colocó a los grupos en una caja con otro compartimento donde refugiarse para evitar las descargas. Los

grupos uno y tres encontraron esta vía de escape, mientras que los animales del grupo dos permanecieron quietos, sin intentar ningún tipo de huida. En la fase anterior habían sido condicionados a una conducta pasiva, ante la reiterada imposibilidad de evitar las circunstancias adversas. En la nueva situación, fueron incapaces de reaccionar.

Aplicada al comportamiento humano, la indefensión aprendida explica la condición psicológica por la que aprendemos cómo todos nuestros esfuerzos (por intensos que sean) no tienen influencia alguna sobre los resultados en nuestra vida. El individuo se paraliza, qué se puede hacer si no hay escapatoria. Lo que era una teoría sobre papel, de un tipo al otro lado del Atlántico, se convierte a lo largo de estos años en una constante diaria.

¿Cómo es posible que los ciudadanos no respondan con una contundencia mayor y más agresiva ante la situación social? Quizás por la anestesia a la que estamos sometidos. Cada día se destapan en la prensa nuevos datos sobre corrupción en las más altas instancias del gobierno. Los mismos que piden austeridad a la ciudadanía, para ajustarse a las directrices de Europa, mantienen sobresueldos en sus cargos políticos o han ido guardando millones en cuentas bancarias de Suiza. El discurso del poder no podría ser más disonante con la realidad cotidiana, a lo que se suma el peso del sometimiento en el cogote, la resignación ante una sociedad hipócrita, envidiosa e inculta.

Y qué importancia puede tener, en el día a día, tanto análisis sesudo y tanto artículo de escritores/periodistas que nunca han experimentado lo que es verse despojados por completo de su labor intelectual, para convertirse en máquinas hacedoras de sudor. Así escriben las tonterías clasistas que escriben.

A ese nivel cotidiano, soy una observadora privilegiada que puede subsistir con ayuda. Otras personas no tienen esa suerte, según me van contando. En mi labor de promotora temporal ha coincidido que muchas personas, totalmente desesperadas, no han tenido reparos en explicarle a una perfecta desconocida cómo mantienen a sus hijos de treinta y tantos (que tuvieron que regresar al hogar paterno) con una pensión mínima de 500 euros al mes; o cómo la abuela se ha suicidado cuando la jubilaron forzosamente en unas condiciones trampeadas; o la familia con pequeño negocio propio que ha ido a la quiebra y tienen que apañárselas para mantener a sus tres hijos. Hay gente que, sin saber por qué, ha roto en lágrimas contando detalles íntimos de su penosa situación vital. Debo de tener cara de simpática. Debe ser que me paraba a escucharles de verdad y se me olvidaba por completo lo que estaba intentando venderles.

La situación de incertidumbre constante, esa vieja amiga, ha regresado estos meses tras la salida de la redacción. Nada nuevo que no haya vivido antes, sólo que ahora tiene ese exótico nombre de indefensión aprendida.

A ratos prefiero llamarla , mezcla de angustia y culpabilidad, porque me siento "culpable" de protestar por este no futuro, esta alienación mental inducida, cuando puedo arrastrarme por distintos trabajos a diferencia de todas esas personas que charlaron conmigo.

Pero no es ninguna tontería esa indefensión teórica. Acciones colectivas como ejercer el derecho al voto, manifestarse o participar en iniciativas ciudadanas tampoco parecen funcionar. Los recursos utilizados no producen resultado alguno. Hay que seguir aguantando que te pongan los ojos en blanco cuando hablas de un 30% de paro hace tres años, como si estuvieras narrando tu encuentro con un unicornio en mitad del bosque: nadie lo cree. Hay que seguir aguantando un limbo impuesto por el que no tienes acceso a todos esos trabajos precarios, pero útiles para comer, por superar la barrera de los 30 años. Aunque ahora peses 51 kilos, no haya canas ni se noten todavía las arrugas. Y soportar las ideas bienintencionadas de negocio, cuando necesitas cubrir la diferencia de 14,65 euros en una factura. Perdóne usted que no esté inventando un canal de humor en YouTube ya que he estudiado Arte Dramático y he sido realizadora de televisión, o una revista digital, o autoedite los libros antiguos o cualquier otra cosa. Es que el hambre me quita la inspiración, ¿sabe usted?

Como no podía ser de otra manera, también la literatura ha aparecido en esta ocasión. Una novela en proceso, escrita de principio a fin con la intención de publicarse, que fue seleccionada dentro de las actividades de un festival literario en marzo. Unos editores que me dieron recomendaciones para otros editores, y así volví a casa con un montón de direcciones para probar, cuando el texto estuviera completo.

¿Y ya está? ¿Tantos años esperando para esto y parece tan fácil? En ese instante no sé si ponerme a llorar hasta quedar seca, así aprovecho para desahogarme también porque se ha cumplido el plazo para denunciar trabajos fraudulentos del pasado. Mientras tanto, hago otra entrevista de trabajo para comercial de una aplicación móvil. El entrevistador habla de manera incorrecta sobre un contrato mercantil, me hago la tonta y aseguro que podemos hacerlo entre nosotros y guardarlo en un cajón. Ya, claro, "trabajo" con todas las garantías.

La indefensión da paso a la furia, que da paso al instinto de supervivencia. Abro el editor de textos y empiezo a teclear una página tras otra, sin más objetivo primario que contar lo que está pasando y conseguir unos pocos céntimos. No tengo tiempo para esperar al año que viene, a una publicación decente y todas esas cosas de la .

Suena el teléfono.

—Hola, te llamamos de la oferta donde te has inscrito de...

—.

Volvemos a jugar.

# Capítulo 2

CAPÍTULO 2

**GUACHUPINGA MARKETING**

**2006**

*Entrevistas Guachupinga Marketing, 1ª planta* □

*¡Enhorabuena! Has sido seleccionada para la segunda entrevista con Guachupinga Marketing. Será mañana jueves, de 10-19 horas. Acude con libreta y zapato cómodo. Dirección ... Teléfono de contacto ...*





## Capítulo 3

{NO EXISTE LA PÁGINA EN BLANCO}

### **LOS VERSOS DEL HAMBRE. GENERACIÓN 30**

© Sara M. Bernard, Julio 2013

88 páginas

ISBN-10: 1490590579

ISBN-13: 978-1490590578

Consíguelo en <https://www.amazon.es/Los-versos-del-hambre-Generación/dp/1490590579/>

[ÍNDICE]

Capítulo 3.- Indefinidos por 700

Capítulo 4.- La becaria vieja

Capítulo 5.- Hola, Administración

Capítulo 6.- Mileuristas

Capítulo 7.- Almacenes, polígonos y ETT

Capítulo 8.- Emigrantes

Capítulo 9.- Guachupingas, al ataque

Capítulo 10.- Otra vez en la redacción

Capítulo 11.- Guachupinga, definitiva

Capítulo 12.- ¿Conclusiones?

## SOBRE LA AUTORA

**Sara M. Bernard** (Málaga, 1979) [saramber.com](http://saramber.com)

Licenciada en Periodismo y Máster en Comunicación Televisiva. Su vida laboral es un desastre, como has visto. Su vida personal también, porque escribe demasiado.